

GLOBALIZACION, IDENTIDAD Y VALORES

Uno de los renombrados maestros de Keynes, Alfred North Whitehead, creía que los griegos fueron demasiado teóricos; ellos habían considerado a las ciencias como ramas de la Filosofía. Sin embargo, nos diría a continuación, “si las ciencias nos han de degenerar en una mezcla de hipótesis ad hoc, ellas deben volverse más filosóficas, deben emprender una crítica completa de sus propias bases”. Es cierto que no parece posible, en nuestros días, deducir las ciencias a partir de la Filosofía, pero tampoco lo parece que se pueda deducir la Filosofía a partir de las ciencias, ni encontrar sentido a la vida humana a partir de las tecnologías.

Las ciencias humanas en particular, que a veces llamamos sociales sin mucho convencimiento por esta simplificación, no podrían cortar totalmente su cordón umbilical con la Filosofía y con la Historia sin entrar en el peligroso campo de los reduccionismos. Tanto los biologismos como los psicologismos o los sociologismos; los economicismos o los científicismos en general, más los tecnologismos en fin, conducen a la sustracción de una parte de lo que somos, cosa distinta y mucho más grave que el hecho de que se nos prive de lo que tenemos.

En cuanto a la Historia, la pregunta planteada a veces sobre si es o no es esencial el conocimiento del pasado para comprender el presente puede contestarse sosteniendo que es inútil tratar de desprenderse de todo lo vivido para comenzar de nuevo con la vida, sin prejuicio alguno. Somos herederos; somos nuestra historia y nuestras tradiciones, con nuestros valores enraizados en ellas. Pero, claro, somos también nuestras esperanzas, nuestras aspiraciones y nuestros proyectos. Todo se cruza en un presente histórico del cual tenemos una conciencia que se agudiza en las situaciones de crisis.

Son muchos los que creen que vivimos un presente crítico, pero la índole de la crisis no parece a todos clara. Casi todo el mundo asocia la palabra crisis con una “mutación considerable”, pero no hay tanto acuerdo sobre el carácter de esta mutación, especialmente sobre si el énfasis está en los hechos

nuevos o en las nuevas expectativas, creencias o actitudes. Así, algunos consideran la crisis que viven como “un punto crucial en el desarrollo de una sucesión de acciones o de acontecimientos”; otros piensan que se trata de “una situación en la cual los participantes experimentan una necesidad imperiosa de acción” porque tal situación pone en peligro los objetivos de quienes están envueltos en ella.

Cuando experimentamos la presencia de una situación de crisis comenzamos a interrogarnos sobre la configuración de un futuro que ya no parece encadenarse ordenadamente al pasado conocido. La crisis es causa de nuestra incertidumbre; la información disponible nos parece extraordinariamente inadecuada, tanto para evaluar los cambios que presenciemos como para elegir con fundamento un camino. Cuando los participantes de la situación son pueblos, o naciones, que ven cómo se modifican sus relaciones de poder, o de influencia, en los aspectos económicos, políticos o culturales, la crisis adquiere el carácter particular de los hechos históricos¹.

Si comenzamos por los aspectos económicos, el término globalización se aplica en el presente a procesos diversos, aunque ellos puedan ubicarse fácilmente en una clase, más o menos espacial o geográfica: expansión o extensión del comercio internacional, crecimiento de los negocios multinacionales, proliferación tecnológica en todo el mundo y, quizás por sobre todo, movimientos financieros más allá de todas las fronteras y restricciones imaginables.

Si tomáramos por separado lo ocurrido en las últimas dos o tres décadas en materia de innovaciones de toda clase, cambios tecnológicos acelerados y desregulación económica, podríamos explicar buena parte de la explosión globalizadora en la cual estamos metidos, pero el hecho es que esas corrientes llegaron todas juntas, interactuando y multiplicando sus efectos por todas partes.

Sería discutible atribuir fechas a períodos determinados para el inicio de los procesos de globalización. Alguna gente cree incluso que continuamos por los caminos de la “mundialización” que abrieron Colón, o Marco Polo, pero lo cierto es que fue en la década del setenta cuando se tomó aguda

¹ Vázquez Presedo, V., “Tres crisis del poder económico internacional”, *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Económicas*, Buenos Aires, 1993.

conciencia de una interdependencia aparentemente inevitable de todas las regiones del mundo. Antes se pensaba que sólo estaban interconectadas las economías industriales avanzadas.

El golpe petrolero de la OPEP y los vastos efectos de la crisis de la deuda de los países en desarrollo mostraron que aquellas opiniones tenían que ser revisadas. En la década del setenta la palabra clave fue interacción. En los años siguientes, hasta nuestros días, se experimentó la intensificación creciente de una interacción, no sólo económica sino también política y cultural, más allá de todas las fronteras, nacionales y regionales. Nadie podía esperar, por otra parte, que una interacción de esta clase mostrara las características armónicas, deseables, de la simetría.

Cuando se invoca la globalización se tienen en cuenta, por supuesto, los elementos ya señalados de cambio tecnológico acelerado, muy especialmente en informática y comunicaciones, y libre movimiento de bienes, servicios y capitales, pero pocas veces se mencionan las nuevas estructuras productivas y de mercado que podrían surgir de las respectivas transformaciones. Tampoco se explicitan los costos sociales de los cambios estructurales, ni son éstos evaluados para que sean pagados por quien corresponda.

Un ejemplo clásico de estos costos se presentó a menudo a los historiadores en las transiciones de sociedades consideradas “primitivas” o “atrasadas” a otras donde predominan los intercambios onerosos en todas las esferas. Para muchos observadores, aunque el avance de lo costoso sobre lo gratuito pueda producir, en último análisis, una baja de precios reales, es posible que las alteraciones culturales irreversibles que acompañen al proceso tengan costos demasiado evidentes en términos de otros valores como para ser ignorados.

El bienestar mensurable en términos convencionales puede parecernos creciente, dentro de un contexto de proliferación tecnológica deslumbrante, pero es posible que esta clase de crecimiento tenga lugar dentro de una estructura humana mucho más precaria que la original. Crecimiento, desarrollo, evolución y progreso son términos que tienen, sin duda, cierto parentesco, pero que sólo coinciden si admitimos una óptica simplificadora muy pobre en términos de objetivos y valores².

² Cf. Vázquez Presedo, V., *Poder económico internacional*, Buenos Aires, 1994, cap. 13.

El crecimiento suele caracterizarse como el hecho de seguir teniendo las mismas clases de recursos, pero en mayor cantidad. El desarrollo implica cambios en las relaciones de lo actual con lo potencial y la evolución describe los cambios de potencia. Estos dos últimos se asocian con cambios estructurales, pero los de la evolución son de naturaleza más profunda. Sin cambios estructurales, nos dicen, las economías nacionales no pueden romper el círculo vicioso de la pobreza.

El crecimiento, el desarrollo, la evolución económica y sus consecuencias positivas sobre el nivel de satisfacción de las necesidades de los pueblos nos parecen altamente deseables para todos los países. Sin embargo, los aumentos en el producto social según las definiciones métricas corrientes no siempre representan un aumento proporcional del bienestar esperado. Se han expresado dudas diversas en este sentido, especialmente en los casos en que el producto social adquiere una estructura extraña al sistema de valores vigentes en la respectiva comunidad.

Las definiciones de subdesarrollo son, en general, poco satisfactorias y todos los países pueden ser considerados como subdesarrollados en algún aspecto. Pero reconozcamos desde ya que, fuera de los casos intermedios, existe una relación evidente entre el ingreso real per cápita y la enfermedad, el hambre y el sufrimiento físico de las distintas poblaciones.

En términos puramente económicos, el subdesarrollo parece hallarse atrapado en un círculo vicioso: los ingresos son tan bajos en los países pobres que los habitantes tienden a gastarlos totalmente en los bienes indispensables del consumo familiar. En consecuencia, no se dispone del ahorro necesario para obtener el factor capital necesario para aumentar la capacidad productiva. Este capital incluye, directa o indirectamente el factor humano, indispensable para la adquisición o la administración de cualquier progreso tecnológico.

Pero no se trata sólo de producir el ahorro necesario para lograr aumentos medibles en la inversión. La estructura de esta inversión, es decir, el modo en que ella quede distribuida entre los diversos sectores, tendrá un papel decisivo en los resultados. La nueva inversión tiene que ser canalizada a las ramas adecuadas para lograr los efectos locales deseados.

Las estrategias del desarrollo nos plantean así el problema de elegir entre políticas alternativas: distribución del ingreso entre grupos, entre sectores, entre generaciones; distribución de la mano de obra entre sectores, entre regiones; estructura del producto social; estructura de los mercados. Una alternativa muy debatida se relaciona con el modo de romper el círculo vicioso de la pobreza.

Los habitantes del país de hoy deberían estar dispuestos, en principio, a aceptar una disminución de su consumo actual si desean la prosperidad del país de mañana. Pero fuera de esta elección temporal respecto del ahorro propio apareció la posibilidad de hacer uso del ahorro ajeno, es decir, de la inversión extranjera. Por medio de esta alternativa, un país pobre podría disponer de más capital sin reducir su producción corriente de bienes de consumo. La experiencia de las llamadas “regiones de colonización reciente”, entre las cuales se ha destacado nuestro país en su tiempo dorado, parece haber sido muy positiva en ese sentido.

Los argumentos en favor de la inversión extranjera aparecen asociados con el crecimiento del comercio exterior, en el mejor de los casos. También aparecen asociados con la especialización y con los cambios tecnológicos. Los países deudores temen, sin embargo, que por esta vía los inversores extranjeros lleguen a dominar sus economías de modo tal que, antes o después, las cargas financieras, políticas o culturales resulten más gravosas que el sacrificio inicial requerido por el ahorro interno.

La historia nos muestra casos muy diversos en materia de desarrollo económico. Ante esta diversidad nos formulamos preguntas fundamentales como las siguientes: ¿Influyen más las estrategias y las políticas internas deliberadas, o los cambios resultantes de las estrategias ajenas, cambios que aparecen a veces como tendencias evolutivas globales?. ¿Es suficiente transplantar la experiencia de unas naciones a otras para lograr éxitos duraderos?. ¿Es posible que la cooperación internacional institucionalizada puede, finalmente, tratar a la economía mundial como si fuera una gran economía subdesarrollada?. ¿Cuál sería el mejor modo de defendernos si admitimos la existencia de valores y de intereses nacionales o regionales contrapuestos?.

El Estado o, su equivalente supranacional, parece a muchos molesto, como el paraguas, mientras no lo necesitan para protegerse de la intemperie. Nuestra temperie política, social, cultural, está compuesta por normas. Nuestras libertades, económicas, políticas, culturales, sólo pueden existir en el marco normativo de las respectivas instituciones.

El poder formal instituido en el estado, o en una institución equivalente de otro nivel, tiene una estructura derivada de textos constitucionales que trataron de defender un equilibrio de las libertades de todos. Pero el poder formal convive en nuestro mundo con el poder empírico; y el poder económico se ha vuelto el elemento más importante de la estructura los conflictos. El concepto de “seguridad colectiva” sería luego recordado

como uno de los mayores aportes al tema de las relaciones internacionales, tal como se planteaban en aquella época. Un ataque dirigido contra cualquier Estado sería considerado como un ataque a todos ellos. Se pensaba en ataques militares, claro, pero las agresiones en las que pensamos hoy no son sólo las militares.

La Carta de las Naciones Unidas aceptó, de todos modos, a media el principio de la seguridad colectiva, ya que concedió a un grupo de grandes potencias el derecho de veto. El problema de la viabilidad del principio frente a la resistencia eventual de “uno de los grandes” ha sido planteado varias veces, en una época de guerras calientes y frías dominada por la rivalidad bipolar. La respuesta ante las agresiones convencionales sería canalizada por medio de una adaptación de los procedimientos de las organizaciones internacionales a la realidad de las alianzas defensivas.

Uno de los ejemplos más evidentes de la combinación de una alianza de tipo clásico con los modernos mecanismos de las organizaciones internacionales lo ofrece la Organización del Atlántico Norte. La creación de la OTAN, como reacción frente a las actitudes expansionistas de la Unión Soviética, tendría apoyo normativo en el artículo 51 de la Carta, que reconoce la necesidad de concertar acuerdos colectivos de autodefensa. Pero aunque la práctica política asigna las responsabilidades de la defensa militar a instituciones del tipo de la OTAN, y no a una organización global que funcionara bajo el principio de la seguridad colectiva, restan aún muchas funciones importantes en materia de defensa económica, social y cultural para ser llevadas a cabo por la Organización de las Naciones Unidas.

La llamada “diplomacia preventiva”, formulada en la época de Dag Hammarskjöld, representó un intento de respuesta por parte de la Organización al problema de sustituir al aparentemente inalcanzable ideal de la seguridad colectiva por medidas viables. El desarrollo de los organismos especializados de la ONU pareció ir trascendiendo los estrechos límites de la seguridad militar. La Secretaría General se fue transformando en una fuente de decisiones y de liderazgo, pero no de real poder.

Mucho más importante que la evolución de la Secretaría General sería, para muchos, la transformación del Consejo de Seguridad. Algunos creyeron que, con la terminación de la Guerra Fría, esa transformación sería cuestión de poco tiempo, pero las experiencias vividas en la presente década, incluso las de administración y financiación, llamaron a los más optimistas al tradicional “realismo pragmático”.

Las naciones luchan, en el presente contexto de la globalización, por

su identidad y su libertad con armas que, como la autenticidad, la lealtad y la solidaridad, definen su propia naturaleza. La cuestión central de las interacciones nacionales o regionales está relacionada estrechamente con las alternativas entre formas diversas de cooperación y de conflicto.

Un aspecto particular del proceso de globalización que nos preocupa se refiere a la proposición, sostenida por algunos, según la cual “en una economía globalizada la identidad nacional de las empresas deje de tener relevancia”. O bien, como lo expresa Kenichi Ohmae³, “en la nueva era las estadísticas del comercio internacional dejan de tener sentido”.

Ohmae se preguntó si IBM del Japón, por ejemplo, debe ser considerada como una empresa norteamericana o si Honda es japonesa mientras opera en Ohio. En el mismo sentido Robert Reich comentaba, en un artículo de la *Harvard Business Review*⁴, la famosa declaración según la cual “lo que es bueno para la General Motors es bueno para nuestro país”.

Pero, ¿quiénes somos nosotros?, se preguntaba Reich, ¿somos IBM, Motorola, Whirlpool,... General Motors, en fin, o somos también Sony, Thomson, Philips o Honda?. Las empresas norteamericanas producen a menudo fuera del país y las extranjeras dentro de él. Texas Instruments produce fuera su mayor parte, mientras que los mayores productores de televisores en los Estados Unidos se llaman Philips (holandesa) y Thomson (francesa). Reich concluye que los intereses de las empresas norteamericanas podrían coincidir o no con los del pueblo norteamericano y que, en consecuencia, lo mejor sería invertir más, educar más, investigar más, de modo que el país pudiera ser un buen lugar para que las empresas globales encontraran conveniente establecerse allí.

Todos estos argumentos podrían ser escuchados con algún interés económico en un mundo donde la cooperación triunfara definitivamente sobre el conflicto. Pero la experiencia diaria nos muestra a los distintos gobiernos y, a sus representantes, identificar el respectivo interés nacional con los intereses de las empresas basadas en los países de origen. El cuadro de un mundo de empresas globalizadas, sin nacionalidad, con operaciones, administraciones y accionistas repartidos por todos los países e indiferentes en materia de localización, excepto cuando se trate de mayor rentabilidad, pertenece a un futuro desconocido, cuya existencia no dependerá sólo de

³ *The Borderless World*, N. York, 1989.

⁴ Véase enero-febrero de 1990.

variables económicas.

La cuestión central de las interacciones económicas nacionales o regionales está, decíamos, relacionada estrechamente con las alternativas entre formas diversas de cooperación y de conflicto. Porque, ¿cuán independiente podría ser una globalización económica que no implicara ciertas formas de globalización política y, en definitiva, cultural?. De allí la preocupación vigente entre nosotros, en nuestro presente histórico crítico, por el significado y alcance de expresiones como “globalización cultural”, “globalización ideológica”, “poder cultural”, o aun “seguridad cultural” como aspecto particular del concepto de seguridad colectiva.

El mundo está pasando por una etapa de transición muy rápida desde el punto de vista histórico, luego de un largo periodo de “guerra fría” entre dos grandes bloques políticos. En esta etapa crítica tratamos de imaginar las nuevas relaciones que han de mostrarnos las diferencias entre una interacción bipolar excluyente y otra multipolar, como creemos que será la que se avecina. Algunos piensan que el próximo siglo será probablemente más parecido al diecinueve que al veinte en los aspectos políticos, con el agravante de la existencia de medios de destrucción enormemente más poderosos.

En el siglo veintiuno, los actores posibles serán, para algunos autores de moda, Europa, Norteamérica, Asia, alguna forma de coalición musulmana, algún milagro sudamericano. Ellos serían menos afines de lo que fueron España, Inglaterra, Francia, Alemania o Rusia en el pasado europeo. Se habla ya del enfrentamiento de distintas “civilizaciones”, de nuevas guerras religiosas⁵. Los más escépticos, por otra parte, siguen creyendo en los intereses económicos, en el petróleo, en la banca, en los minerales, quizás aun eventualmente en los alimentos, como centro y origen último de todos los conflictos políticos.

La globalización política y cultural supone la libre circulación de muchos elementos, como lo supone la económica. Estos elementos suelen ser distintos de aquellos, como lo son los respectivos valores, pero podrían coincidir cuando se tratara de medios, como es el caso de la información.

La información aparece con nombres tan diversos (noticias, ciencias, artes, tecnologías, creencias), que ellos podrían ocultar sus relaciones con la política. Algunas calificaciones revelan, sin embargo, esa clase de relaciones:

⁵ Huntington, S., *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, N. York, 1996.

leemos sobre la explosión de los conocimientos generales, y esto nos parece afín con las formas benignas de la globalización, pero usamos la palabra proliferación cuando se trata de conocimientos o de tecnologías cuya globalización pone en peligro las relaciones de poder de sus poseedores.

No hay un único camino hacia la globalización. Ni siquiera hay una sola clase de globalizaciones. Así, las varias clases de globalización económica dependen de las estructuras de partida y de las de llegada. Fuera de las trilladas estructuras de mercado de los economistas, los cambios estructurales que acompañan a los procesos de globalización económica tienen significados muy diversos. Estos cambios se producen, por otra parte, en distintos niveles: familias, empresas, economías regionales, economía mundial. ¿Cómo se relacionan unos con otros?

Las estructuras y los cambios estructurales en los distintos niveles pueden resultar incompatibles en una multitud de aspectos. Establecer un equilibrio, es decir, hacer esas estructuras y sus cambios compatibles, requiere acciones políticas complicadas: en el nivel global se negocian arreglos, entre naciones, entre bloques, en el nacional, entre los gobiernos y los distintos sectores, no sólo los económicos, pero restan las relaciones cruzadas, con sus difíciles compatibilidades.

En materia de globalización política, y fuera de los desarrollos optimistas relacionados con la extensión de la democracia, las observaciones sobre la presente transición tienen también otros tonos. Así, algunos observadores creen que la exaltación del poder militar por sí solo constituye una evaluación simplista de la situación internacional que está surgiendo. En el mundo que viene habría cinco o seis actores planetarios cuya capacidad para influir en las decisiones globales, más allá de los militares, podría ser “esencialmente comparable”. En un orden internacional como ese habría sólo dos vías de globalización estable: una implicaría la hegemonía final de una de los actores; la otra estaría fundada en alguna forma de equilibrio. Frente al tradicional “balance de poder”, nosotros concebimos aquí ese equilibrio como la compatibilidad entre las respectivas estructuras, tanto las económicas, como las políticas y las culturales⁶.

Hace ya algunos años leímos un libro ambicioso que parecía

⁶ Vázquez Presedo, V., “Totalidades y estructuras: aspectos teóricos de los procesos de globalización”, *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Económicas*, Buenos Aires, 1996.

contradecir, en definitiva, la proposición de su título: El futuro no está escrito en ninguna parte⁷. Con el fin de mostrarnos las raíces de sus conclusiones, el autor se valía de algunos dichos de Bergson y de Lévi-Strauss. Para el primero, “la humanidad gime, medio aplastada por los progresos que ha realizado, sin alcanzar a comprender que el porvenir depende de sí misma”. Para el segundo, “no puede existir una cultura mundial... puesto que civilización implica la coexistencia de culturas que muestran entre sí el máximo de diversidad... La civilización mundial no podría ser otra cosa que una coalición de culturas que preservaran cada una su originalidad”.

Bergson dejó abiertas todas las puertas humanas, pero sólo las humanas. Lévi-Strauss hace una predicción negativa; negativa en el sentido en que las leyes empíricas de las ciencias constituyen predicciones negativas. Esas leyes científicas pueden ser consideradas como limitaciones de lo posible. Las leyes históricas, en tanto que empíricas, gozarían de esta propiedad, pero son pocos los que creen en la existencia de leyes históricas.

¿Qué no queda, entonces, que pueda sostener alguna esperanza de conocer nuestro futuro?

A pesar del pesimismo, digamos científico, de las reflexiones precedentes, los humanos continuamos con nuestras predicciones de varias clases: expectativas, conjeturas, profecías, buscan fuentes diversas de crédito más allá de las mezquinas extrapolaciones de tendencia. En percepciones, en intuiciones, o aun en algunas opiniones veneradas, basamos algún pronóstico impreciso recordando que, aunque como sostienen algunos “la física de Newton terminó con las creencias astrológicas entre los intelectuales”, ella no sirvió nunca para predecir hechos humanos.

Los futuros posibles pueden ser imaginados como pertenecientes a varias clases, pero la clase temporal nos parece menos arbitraria que las otras. El futuro se nos presenta unas veces como inmediato; otras nos parece meramente cercano, alcanzable en nuestras vidas. Pero también puede ser infinitamente lejano. La pre-visión del futuro inmediato, que asociamos frecuentemente con la palabra expectativa, está asociada naturalmente con nuestra componente biológica. Ninguna especie podría conservarse mucho tiempo sin mecanismos que vincularan la acción de un momento con acontecimientos esperados en el siguiente. Nuestra especie no es ajena a estos

⁷ Michel Poniatowski, *L'Avenir n'est écrit nulle part*, París, 1978.

mecanismos y a sus espontáneas predicciones, pero a ellas añade otra más oscuras y complejas que se confunden, según los niveles de profundidad, con las conjeturas o con las profecías.

Nuestras expectativas como nación comienzan a tener contenidos regionales. Los elementos históricos y geográficos, presencia permanente en la integración europea, nos parecen cada vez más evidentes. A veces nos preguntamos por qué tanto en comprenderlo. El Mercosur y su entorno se nos presenta hoy, mirando hacia el futuro, como nuestro "bloque natural".

Como nación, pesamos poco para lograr influencia apreciable en el mundo del futuro cercano. En el presente dependemos enormemente de la expectativas ajenas. Nuestro poder de negociación es casi nulo en muchos aspectos decisivos. La cuestión no es ya si debemos integrarnos para aumentar nuestro poder de negociación. Las integraciones y las globalizaciones ocurrirán de todos modos, con nosotros o contra nosotros. La cuestión se refiere más bien a los caminos que tomaremos en ese contexto para poder influir sobre nuestro futuro.

Es cierto que, tanto el Mercosur como las instituciones políticas supranacionales que lo sostengan, limitarán algunos aspectos de nuestra soberanía y nos obligarán a reflexionar más a menudo sobre nuestra identidad, pero esto será precisamente el costo de adquirir otros niveles de libertad, de seguridad y de influencia. No se trata sólo de economía, se trata de aumentar nuestro poder de negociación en todos los aspectos.

Las expectativas son, sin duda, una clase de predicciones, una clase en la cual se nos presenta como posible lo que deseamos. Las conjeturas, en cambio, parecen más independientes de nuestros deseos. Esperamos que sea posible hallar algún vínculo razonable entre nuestras expectativas y nuestras conjeturas.

En el contexto de las integraciones y de las globalizaciones que presenciamos, las tendencias de la economía internacional parecen conducir a la formación de grandes bloques de países más o menos afines. La integración sudamericana, económica, política, cultural, con sus consecuencias institucionales de toda índole, nos recuerda los pasos envidiables de la integración europea, pero nos recuerda también a veces sus demoras y sus vacilaciones.

Las ideas de la integración sudamericana, o aún latinoamericana si ignoramos los poderosos factores gravitacionales, son tan viejas como las des-integraciones asociadas con los procesos políticos de la independencia. Más nuevas fueron las que crearon ALALC y ALADI, hasta que la relación

Argentina-Brasil fue vista finalmente como núcleo de toda integración seria en el futuro. El Tratado de Asunción, firmado en marzo de 1991 por los presidentes de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, supuso la existencia potencial de un bloque sudamericano.

El Mercosur no es ya sólo un proyecto interesante sino una realidad elocuente. Basta mirar las cifras pertinentes de los últimos años con la óptica que se quiera. Europa ha descubierto rápidamente la existencia de algo nuevo en la región y adelantó su reconocimiento. Este reconocimiento se volverá cada vez más significativo si el futuro internacional se manifiesta afin con equilibrios multipolares.

Vicente Vázquez Presedo

Academia Nacional de Ciencias Económicas

ALGUNAS FUENTES

- Cárdenas, E. J., "La República Argentina en el nuevo Consejo de Seguridad", Archivos del Pte., Año 1, N° 2, Buenos Aires, 1995.
- Centre d'Etudes Intern., *Economie mondiale: la montée des tensions*, París 1983.
- Cooper, R.N., et al (eds.) *Can Nations Agree?* Brookings, Wash, 1989.
- Erhard, L y Müller Armack, A., *La economía social de mercado*, Buenos Aires, 1981.
- Galambos, L. y Pratt, J., *The Rise of de the Corporate Commonwealth*, N. York, 1988.
- Garriga, M. y Sanguinetti, P., "¿Es el Mercosur un bloque natural? Efectos de la geografía sobre el intercambio regional", *Estudios*, Año XVII, N° 73, 1995.
- Georgescu-Roegen, N., *The Entropy Law and the Economics Process*, Harvard U.P. 1971.
- Giersch, H., "Economic Union among Nations and Location of Industries", *Review of Economic Studies*, 1949-50.
- Holm, H.H., y Sorensen, G., (Ed.), *Whose World Order? Uneven Globalization and the End of the Cold War*, Westview Press, 1995.
- López, G. A., Smith, J.G. y Pagnucco, R., "The Global Tide", *The Bulletin of the Atomic Scientist*, jul-ag., 1995.
- Monstuschi, L., "Las perspectivas de los mercados laborales ante la integración del Mercosur", CEMA, Doc. de Trabajo N° 88, oct., 1992.
- Moyano Llerena, C., *El capitalismo en el siglo XXI*, Buenos Aires, 1996.

Poniatowski, M., *L'Avenir n'est écrit nulle part*, Paris, 1978.

Reich, R. B., *The Work of Nations*, N. York, 1991.

Thurow, L., *El futuro del capitalismo*, Buenos Aires, 1996.

Torres, F. y Giavazzi F. (eds.), *The Transition to Economic and Monetary Union*, Cambridge U.P., 1993.

Vázquez Presedo, V., *Globalización, integración, Argentina y Brasil*, Instituto de Economía Aplicada, A. N. de C.E., Buenos Aires, 1996.

Walters, R. S., y Blake, D. H., *The Politics of Global Economic Relations*, Englewood Cliffs, 1992.